

Puesto que amor es dolor
y el dolor halla abogados
en tu tribunal, Señor,
perdóname mis pecados,
que son pecados de amor...



MADRIGALES



MADRIGALES

I

A UNA FUENTE

Aquæ furtivæ dulciores sun t

Si en tu corriente clara,
si en tu corriente viva
sus dulces ojos con amor posara
la que mi amor esquivava,
la imagen en tus ondas fugitiva
con mis labios besara;
y el fuego de mis labios te secara.
¡Fuente risueña y clara!
Hurta tus hondas á la pena mía;
si el fuego de mis labios te tocara,
mi sed yo no apagara;
que al besar tu cristal, te abrasaría...



II

*Que sólo se encuentra en el
Amor la verdadera libertad.*

Desataste la endrina cabellera,
vivo raudal de aromas y de hechizos,
y enredóseme el alma, prisionera
de la rebelde espuma de tus rizos.

Brilló en tus ojos repentina lumbre,
y, en señal de mi nueva servidumbre,
tejiste en duras trenzas tus cabellos
y me ataste con ellos.

Cautivo entre los lazos
de tus hermosas trenzas y tus brazos,
perdí mi libertad ¡Oh dueño mío!

Robaste mi albedrío;
mas, viviendo en prisión, como la perla,
tengo más libertad, tengo más brío:
servidumbre de amor es señorío
y es conseguir la libertad perderla.



III

Quien bien te quiere...

Triste de mí, que de quererte tanto
te hice llorar! ¡Maldigo la torpeza
con que el cielo nublé de tu belleza,
sembrando nubes de inquietud y llanto!

Sin quererlo te herí... ¡Yo que daría,
por quitarte una pena, el alma mía!
Ceguedades de amores padeciste.

Mas ¿cómo, al padecer, no conociste
lo bien que te quería,
¡ay! en lo mucho que llorar te hacía?

¿No sabes cuánto es fama
que este niño infeliz que Amor se llama,
como es tan ciego y tan arisco, suele
clavar la flecha en donde más le duele
y herir, matando á quien mejor le ama?



IV

*Amor, que pone á la muerte
por testigo.*

Cuánto, cuánto me quieres?—preguntaste
después que me besaste
Y en tus ojos ¡oh reina enamorada!
ví la luz de los astros reflejada.

Me besaste otra vez, contuve un grito,
y hundiendo el pensamiento y la mirada
en la noche estrellada,
quise medir ¡oh ciego!
la terrible espiral de lo infinito.

—¿Cuánto me quieres?—repetiste luego
con más ímpetu y fuego.

—Dímelo: ¡Mi impaciencia te lo exige!

—Cuando me muera lo sabrás,—te dije,

—cuando en vano tus ojos me recuerden,
sabrás tal vez lo que te quise en vida.

Para amores tan grandes no hay medida:
se sabe lo que son cuando se pierden...



V

*Pinta el Poeta con una alegoría
los celos de su dama.*

Celos tiene la luna de una estrella;
de una estrella fugaz, madrugadora,
que nace y tiembla y huye y se evapora,
como el breve fulgor de una centella.

Con ser la luna tan graciosa y bella,
cuando el sutil relámpago avizora
se pone triste y en silencio llora
sobre la noche una inmortal querella.

Las gotas de agua que sus ojos vierten,
en luces enemigas se convierten
y brillan como estrellas en los cielos.

La pobre luna se enfurece tanto
que—al fin diosa y mujer—seca su llanto...
¡porque su propio llanto le da celos!



VI

*Amor, que se siente
herido de un alfiler.*

En tu billete azul, como al desgair
prendiste un alfiler, con el deseo
de que en mi mano tu sutil trofeo
se clavara quizá. ¡Dulce donaire!

Si herirme es tu intención, has acertado:
tengo en el alma tu alfiler clavado,
el agudo alfiler de tu desvío
que desgarrar con sangre el pecho mío.

¡Y en tu epístola dices que aun me quieres!
No lo dudo, que es harta
costumbre en las mujeres,
tener el alma puesta en una carta
y prendido el amor con alfileres...



GOZOS DEL DOLOR DE AMOR



GOZOS DEL DOLOR DE AMOR

Divina desgarradura
del alma! ¡Lento morir
de dolor!

¡Bendita tu quemadura
que me ha enseñado á sufrir
por amor!

Ansioso de lumbre eterna
voy á oscuras, y alcanzarla
necesito;
que el alma es una caverna
y sólo puede llenarla
lo infinito.

Pensé un día que el amar
fuera liviano placer
sin espinas;
pero he visto, á mi pesar,
que es un puro padecer
penas divinas.

Mas bendigo mi dolor
y bendigo la amargura
 que me acosa,
y este callado terror,
y esta sed, y esta ternura
 dolorosa.

Si yo supiera cantar
¡con qué celestial lamento
 cantaría!
Cantar fuera mi llorar:
¡con qué melodioso acento
 lloraría!

Cuando los hombres sufridos
padecen tribulaciones,
 llanto y mengua,
son más dulces sus gemidos,
son más suaves las canciones
 de su lengua.

Pero aun cantar olvidé
y están ya secas las fuentes
 de mi llanto...
¿Qué se hizo, á donde fué
de aquellas horas ausentes
 el encanto?

La luz de mis alegrías,
el rayo de mi esperanza,
 ¿dónde fueron?
De aquellos pasados días
el ardor y la pujanza
 ¿qué se hicieron?

El Amor de los amores
que el Cantar de los cantares
 hace ver,
enseña á los amadores
los dulcísimos pesares
 del querer.

Jamás de un amor logrado
se vieron las maravillas,
 ¡triste suertel
¡El amor está sentado
sobre las duras rodillas
 de la muertel

Yo he perdido corazón,
juicio, voluntad, placer
 y sosiego;
me consume la pasión
y sólo sé amar y arder
 en este fuego.

Supe hablar y enmudecí,
 supe mirar y cegué,
 en hondo abismo;
 yo, que tan claro me ví,
 desde que he amado no sé
 de mí mismo.

¡Fuerte amor, santa piedad
 que me avivas y me inflamas
 con tu ardor!
 ¡Oh congoja! ¡oh caridad!
 ¡oh pena y deleite! ¡oh llamas
 del amor!

Se hundió en mi carne el cauterio;
 salió el alma por la herida;
 quedé inerte;
 sentí el terror del misterio...
 ¡del misterio de la vida
 y de la muerte!

Pero, en el trágico instante,
 ¡oh, fuentecilla que bañas
 mi cercado!
 miré en tu espejo el semblante
 que yo tengo en las entrañas
 dibujado.

Sobre el cristal de la fuente
 rutilaban como estrellas
 sus pupilas...
 ¡Con un mirar tan clemente!
 ¡con unas luces tan bellas
 y tranquilas!

¡Amor! De tu flecha herido
 yo olvidé mis pesadumbres,
 mis enojos,
 y ví el cielo prometido
 viendo las serenas lumbres
 de tus ojos.

¡Oh, dulcísimas candelas,
 que el corazón encendísteis
 y llagásteis!
 ¡Oh, milagrosas espuelas:
 con la llaga que me hicísteis
 me sanásteis!

¿Qué importa vivir penando,
 ni sentir, en noche oscura,
 torpe sueño,
 si el alma vela gozando
 de la altísima hermosura
 de su dueño?

Si el espíritu se enciende
¿dónde habrá para esta tea
noche oscura?

¡Locura de amor me prendel
¡Dulce amor! ¡Bendita sea
tu locura!

Tú me enseñaste á sufrir,
tú me enseñaste á gozar
padeciendo;
tú me enseñaste á vivir,
tú me enseñaste á triunfar
resistiendo.

Yo darte el alma he querido
para que en ella ejercites
tu rigor.

Con tus dardos la has herido:
¡ténla, pero no le quites
su dolor!



LIBRO DE HORAS



I

HORAS DE MOCEDAD

Horas de mis espléndidas auroras,
horas de sangre y luz: ¡corred ligeras!
¡Hilad, reid, oh alegres hilanderas!
¡oh alegres hilanderas de las horas!

¡Hurtad al sol, oh lindas tejedoras,
los rayos de las rubias cabelleras
y con ellos tejedme las banderas,
banderas, de la muerte vencedoras!

Yo soy de aquella casta de guerreros
que en trances de naufragios singulares,
cogían con los dientes los aceros,

y, á salvo de tormentas y de azares,
mandaban, orgullosos y altaneros,
¡con los aceros azotar los mares!



II

HORAS DE AMOR

Te acuerdas? Quise, con impulso aleve
sobre tu pecho colocar mi oído
y escuchar el dulcísimo latido
con que tu blando corazón se mueve.

Prendí en mis brazos tu cintura breve
y hundí mi rostro en el caliente nido
de tu seno, que es mármol encendido,
carne de flores y abrasada nieve.

¡Con qué prisa y qué fuerza palpitaba
tu enamorado corazón! Pugnaba
tu talle en tanto, mas, con ansia loca,

bajo la nieve el corazón latía,
y, en su gallarda rebelión, quería
saltar del pecho por besar mi boca...



III

LA HORA DEL DESENGAÑO

Horas felices! ¡Nunca he de lograros!
¡Mejor os consiguiera con huiros,
pues mi vida gasté con perseguiros
y he de morir sediento de gozaros!

Por el ansioso empeño de alcanzaros
el alma toda se me va en suspiros...
¿Quién dijera que sois nuestros vampiros
dulces sirenas de los ojos claros?

¡Cómo en mi corazón, carne de amores,
clavais vuestros dorados alfileres!
Crudas espinas bajo blandas flores,

dolores con semblantes de placeres,
placeres con raíces de dolores...
¡Ay! ¡si sois flores... y además, mujerest!



IV

HORAS DE SOLEDAD

A mo los porches, las desiertas lonjas,
 los umbrosos refiros monacales,
 los claustros de las viejas catedrales
 ornados de cipreses y toronjas.

Desdeño de mi siglo las lisonjas
 porque son nuestros gustos desiguales:
 ¡yo prefiero á sus cánticos triunfales
 los pobres villancicos de unas monjas!

Busco el silencio, la oración, la calma,
 la sencillez, la soledad; que el alma
 tiene en si misma su mejor amigo.

Lleno ya de experiencia y desengaños,
 huyo de los estúpidos rebaños....
 ¡quiero estar solo para estar conmigo!



V

LA HORA MÍSTICA

Toma mi corazón! A tu saeta
 rindióse al cabo, en la batalla herido.
 ¡Mírale como está! ¡Cuán dolorido!
 ¡Bien declara, Señor, que es de poeta!

Sufrió el embate de la vida inquieta,
 y en sangre, en polvo y en sudor transido,
 como en la lid el militar vencido,
 rinde la espada á tu merced sujeta.

¡Toma mi corazón! Puro, inocente,
 vaso de gracia de tu dulce fuente,
 cuando nació, Señor, tú me lo diste.

Mas yo, tan duro, codicioso y ciego
 no lo supe guardar, y hoy te lo entrego
 tarde y con daño, envilecido y triste.



VI

LA HORA DE LA MUERTE

Sacúdeme, Señor; haz que despierte
de esta vieja cordura empedernida!
¡Tome el alma tu Cruz, mi alma nacida
para algo grande, peregrino y fuerte!

¡Dame, Señor, que en la locura acierte,
pues fracasé con la razón por brida;
ya que no supe granjear la vida,
sepa á lo menos conquistar la muerte!

Muerte y vida, paciencia y heroísmo
son, á la luz de lo inmortal, lo mismo,
y ambos, del corazón ejecutoria.

¡La locura es mi fe; no la prudencia!
¡Saber vivir, es arte de paciencia;
pero saber morir, ciencia de gloria!



SÁTIRA